

La osadía de los sentimientos

Ana García Bergua



Cuando terminé de leer *La corredora de Cuemanco y el aficionado a Schubert*, lo primero que hice, no sé bien por qué, fue preguntarme qué cuentos del libro me habían gustado más, como cuando a uno le regalan una caja de chocolates y, luego de probarlos todos, quiere comenzar una nueva ronda. Entonces se queda observando los chocolates con un poco de fascinación y, al mismo tiempo, con un poco de miedo, pues junto a los sabores que recuerda deliciosos, de melancolía dulce, los hay un tanto amargos, o violentos, o agrídulces. Y es que los cuentos de Mónica, como dicta una frase ya muy desgastada, dejan sabores en la boca del lector, quizá porque su prosa está llena de sugerencias, es una prosa táctil, una prosa a mano gracias a la cual podemos tocar, oler

y gustar lo que viven los personajes, el olor perdido en una prenda de ropa o el frío del suelo en los pies.

Quisiera comenzar por aquéllos con los que sentí una afinidad más profunda, quizá por un sabor a ausencia que reconocí mío: serían, quizá, “El atado de leña”, “La cigarrera” y “El asa”. A estos tres cuentos los une la melancolía por el pasado: la casa perdida, la familia idealizada que se ha tenido que abandonar. La vida que hace que uno se vuelva adulto y abandone a los padres, se vuelva madre o padre y deba caminar solo por la vida, sin el cobijo, sin la escenografía que los padres pusieron antaño, sin las ceremonias, las fiestas, los gestos que se repiten con el fin de prolongar vivencias que a la larga desaparecen. En el caso de “El atado de leña”, la mujer que regresa a su hogar sin chimenea con un atado de leña en los brazos como una loca, parece tratar de convocar aquel pasado, igual que “La cigarrera” busca, mediante el gesto de ir a comprar unos regalos, que retornen unas Navidades idas. A esos cuentos la evocación les confiere una fuerza melancólica, un poco frustrante pero a la vez dulce.

Hay otros —de sabor que quizá se podría decir dulce—, como “La perfecta” y “La señora Lara” en los que esa misma melancolía convoca encuentros inesperados: en el primer caso, una mujer que extraña el hogar perdido se encuentra con un vagabundo en el parque; en el otro, una mujer que sufre por haber perdido la luz de su ventana por culpa de la rama de un árbol de sus vecinos, encontrará que la rama se corta y con la luz renovada entra una nueva presencia. El final de este cuento es ciertamente enigmático: hay una inercia, un cambio de vida no buscado que estos encuentros traen, sin que sepamos muy

bien adónde irán a parar, como si la respuesta de estas protagonistas (yo creo que las más conmovedoras del libro, las más vivas) viniera de muy adentro, se debiera a una osadía de los sentimientos. La mujer “perfecta”, según la describe el vagabundo del parque, vive esta osadía de sus sentimientos y decide vivir al cobijo de sus añoranzas, un poco como hace la señora Lara al permitir que, con la llegada de la luz a su hogar, entre otra vida que no sospecha.

Hay una versión chusca de esta inercia, la inercia que atrae a una mujer al abrazo de un hombre como quien se embarca en una aventura, con la historia de “Gladys”, que es la crónica de un fatal malentendido. El encuentro en un avión entre un hombre feo y cursi y una mujer más bien despistada lleva a una cena en la que ella, para colmo, pide tacos de lengua. Y otro desencuentro en sentido inverso: “Tapetes persas”, sobre la vida de una mujer separada que vive, en el frío que siente al poner los pies en el piso desnudo junto a su cama, el frío de la ausencia del compañero. Estos dos cuentos serían, quizá, los de sabor más agrídulce en el libro.

Y después viene el sabor a sangre: “La chica de las medias”, “La rubia y la negra”, “El hilo rojo”, “Matar a un conejo”. Si un grupo de muchachos encontrara a una monja muerta en el jardín de la entrada de su edificio, ¿a dónde iría el instinto?, ¿qué movimientos del alma y del deseo despierta un hallazgo así? Este cuento habla de la llegada de la muerte y el deseo de saber. En la mano del cadáver de la monja hay una nota que se convierte en un gozne, en el linde entre la muerte y la vida, entre saber y vivir.

“La rubia y la negra”, cuento al parecer inspirado en un corrido, y que de alguna

manera lleva, en su ritmo y en su prosa, la versificación de este género, lleva al límite la complicidad de una hermanas frente a un hombre. Este relato indaga también en las profundidades del deseo, y en el hecho del saber, de la revelación. Lo mismo sucede con “El hilo rojo”, en el que una adolescente evade y a la vez juega con el hecho terrible de la muerte de un compañero y el horror que este hecho suscita en su madre: la realidad de la muerte, de nuevo, frente al deseo, frente a eso que es más fuerte y que la niega. Los jóvenes que, como en “La chica de las medias”, le quitan peso a la muerte para aligerarse de ella, como quien se quita un suéter demasiado grande, y pueden mostrar crueldad, una crueldad vital. Llegamos, entonces, a “Matar a un conejo”, que es un relato compuesto de tres episodios, unidos por lo que dice el título: en ellos se mata a un conejo. Primero, para agasajar a una pareja de descendientes de los republicanos de la guerra civil en una casa española de descendientes de franquistas. Después, el conejo yace en el refrigerador de una familia que aloja a una niña casi adolescente de visita en España, y en el tercero tenemos al conejo que nos regalan en la infancia, el de la patita rota, el conejo que no se puede quedar. De alguna manera esos conejos, que por algo nos hacen pensar en Cortázar, son nuestra parte frágil: la infancia que se va, pero también nuestros antepasados que fueron víctimas en una guerra, por ser “hijos de la derrota”, como dice el narrador, las partes de nosotros que abandonamos. Es ésta una narración hecha de jirones, trozos de historias unidas por un elemento único, en este caso el conejo, que se reflejan unas a otras y adquieren tonalidades distintas por el efecto del contraste.

El chocolate más grande es el que deja uno para el final, el cuento que le da título al libro: “La corredora de Cuemanco y el aficionado a Schubert”. Este relato es una meditación sobre el narrador y a la vez un interesante ejercicio de intromisión por parte de éste en la historia de dos personajes cuya unión es más que improbable: un hombre que asiste los domingos a los conciertos y una mujer que corre en Cuemanco. ¿Por qué habría que unir a dos personajes

tan lejanos sin forzar las cosas, dadas sus costumbres dominicales? Hay aquí una burla al cliché cinematográfico que hace que dos personas tropiecen una con la otra, o vayan a parar casualmente al mismo lugar, y a la vez una defensa de los propios personajes, de su naturaleza a fin de cuentas viva y, en el caso de este cuento, voluntariosa. El último cuento de este libro, “A flote”, habla también del hecho de narrar, pero desde el punto de vista del escritor: el espacio que una escritora encuentra a flote en el agua, cuando vacaciona con sus hijas y tienen que dormir en un velero, para acompañarse de la escritura, para “pensar con la pluma”. Una escritora que fragua una historia, mientras observa, piensa, recuerda y también anhela el silencio de la página en blanco. De alguna manera escribir es un acto de flotación, un balanceo en aguas desconocidas, una necesidad de silencio.

Las historias que narra Mónica Lavín

en “La corredora de Cuemanco...” son, de alguna manera, la representación de movimientos interiores, sentimientos a flote, dolores, deseos o nostalgias que salen a la luz. Tengo la impresión de que Mónica busca ahora otras formas de narrar lo inenarrable, lo que no tiene forma. Mediante el fino tejido de su prosa aparece, como la forma que se revela en un molde, aquello que pasa adentro de sus personajes, el sentimiento más allá de la descripción, el retrato del alma. *La corredora de Cuemanco* me parece uno de los libros más interesantes que ha escrito. Como la caja de chocolates de que les hablaba al principio, dan ganas de probar de nuevo cada cuento otra vez, el sabor que dejan la nostalgia, la melancolía, el deseo y la sangre. ▣

Mónica Lavín, *La corredora de Cuemanco y el aficionado a Schubert*, Punto de lectura, México, 2008, 128 pp.

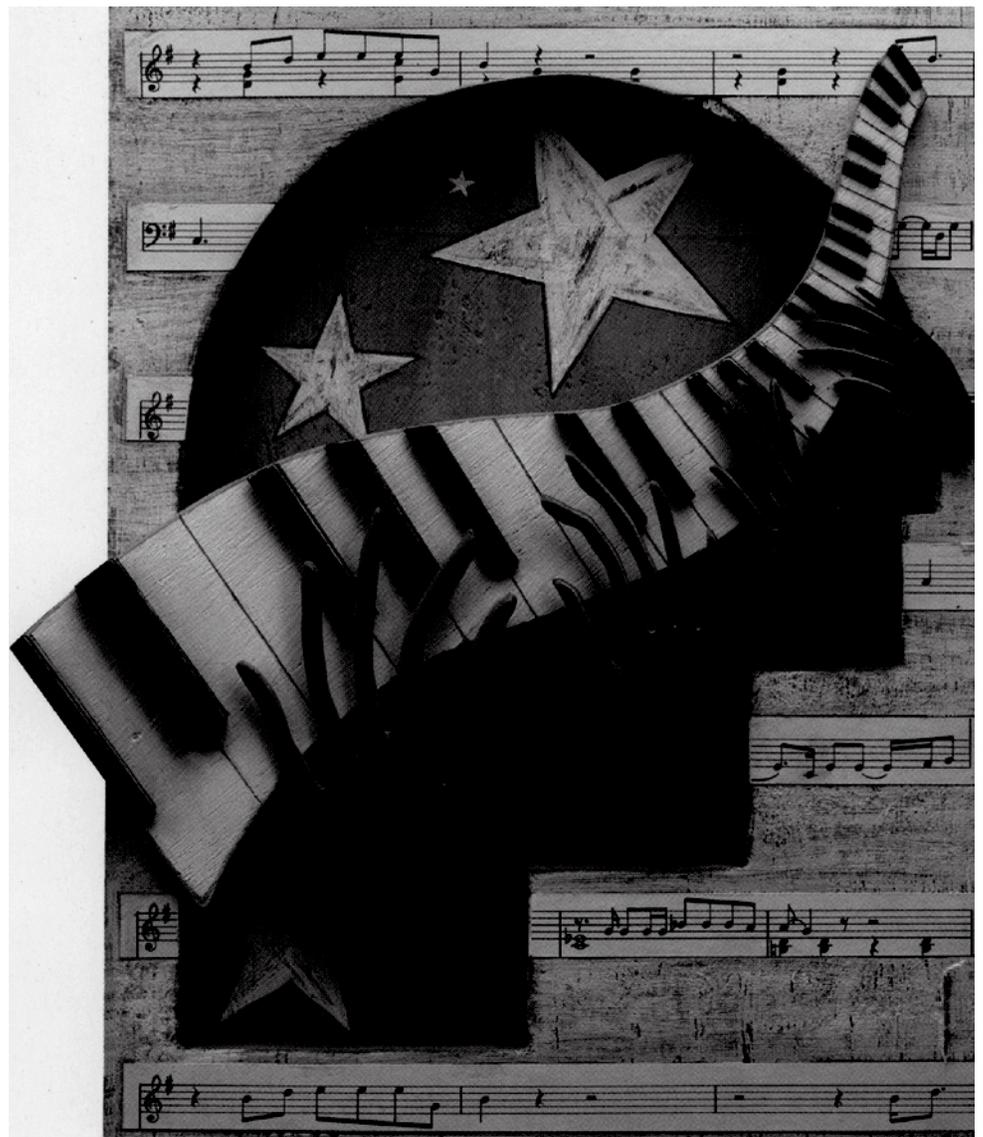


Ilustración de María Rendón